



el labio en la roca

gabriel alejo jacovkis

el labio en la roca

gabriel alejo jacovkis

Edición del autor

Gabriel Alejo Jacovkis, 2020
Imagen de la cubierta G A J
Edición del autor
Licencia Creative Commons

Detener el vuelo

Detener el vuelo
y posarse en la vida de la roca
por donde mana
el agua del desierto.
Besar la piedra
y descubrir que sonríe
con la paz de una madre.
Descifrar la raíz
oculta bajo un manto de liquen
e iniciar el camino
aunque el final no exista.
Obedecer a un dios desconocido
y no amar al hijo.

Creer la leyenda
y así escribir el poema.

Decidió esconder la noche

Cuando las hojas
comenzaban a teñirse
decidió esconder la noche.
La envolvió en un lienzo
y la ocultó en el último minuto
de la tarde.
Todo fue ocaso entonces.
Sólo ocaso.

Pájaros y camino

Pájaros y camino
juntan el olvido de volar
en los pasos que acaban con el día.
La piedra
que una vez detuvo la bala
hoy oscurece
el salto a la nube.

El mar gime

El mar gime
cuando pasa su lengua
por el letargo del ahogado.
Ayer deletreó la palabra prohibida.
Hoy es un mudo ante el castigo.

Sin mirar la noche

Sin mirar la noche
los ojos soportan
la carga de la nada.
Los vacíos se amontonan
y reclaman el trozo de pan
que la ignominia oculta.
Tras la estrella
habita un cóndor
buscando la roca.

La cárcel

El carcelero asegura la reja.
El dueño del grito no se esfuerza.
Ha olvidado sus últimas palabras
y la codicia.
Del otro lado nadie sabe
de su hambre y de su sueño.
¿Tiene pasado?
¿Recuerda el camino?
La barca llega vacía.
La reja sigue cerrada.

Intento decir

Intento decir
y la frase continúa sola
un viaje que ya no será corto.
Entonces comienzo a caminar.

Algo de la primera vez

Algo de la primera vez
se desliza como un susurro
por el gesto de tus labios.
Sonrío.

Sólo una palabra

Sólo una palabra.
La última palabra.
Luego el silencio.
Tal vez haya un ademán.
Un llanto. Un puño.
O la burbuja del querer decir.
Basta.

El último verso

El último verso cuelga
del clavo que hirió
todas las respuestas.
También el primer fracaso.
Pero el poeta suicida
ya sabe que es tarde
para seguir esperando.

Piedra, papel, tijera

La lluvia.

Piedra, papel, tijera.

Tal vez podamos ir fuera.

Piedra, papel.

Ha salido el sol.

Piedra.

Vuelve a llover.

Piedra, papel, tijera.

El guitarrista ciego

Atrapada en el azul del oleo
la música no se oye.
La madera busca la fuga
pero hasta el cielo está cautivo.
Labios de hambre.
Un dolor humilde.
El ojo ausente.

Sobre la pantalla negra

Sobre la pantalla negra
el blanco de la letra
parece un nacimiento.
Aunque hable de muerte
o la recuerde.
Sobre la pantalla negra
el blanco de la letra
me deja solo con el verso
que pasea por un patio
de palabras.

La flecha de Atalanta

Lentamente el jabalí se acerca.
Poderoso, salvaje, hambriento.
Con la seguridad de siglos de batallas
habidas y por venir
la hija de la osa aguarda.
La flecha de Atalanta
hiere más a los machos
que al jabalí de Calidón.

Tus manos se apoderan

Tus manos
se apoderan de mí
en la calidez de los alientos
y me haces tuyo
mientras partes la luz
y el silencio.
Y haces tuya mi verdad
y mi dolor.
Sólo entonces aprendo a amarme.

Crece la piedra

La piedra seca crece
en el vientre del engendro.
No la acaricia
un suspiro de agua
y no refleja el azul
ni la angustia de la hoja
que mira alejarse
la calidez del aroma.
Nunca verá el sol
y su noche
no alcanzará la oscuridad.

La sombra en los ojos

Percibir la sombra en los ojos,
el olor del miedo,
el hambre al acecho
y la tristeza.
La tristeza clavada
en cada poro.
Saber que no es el que viaja.
Es el que huye
el que nos reclama.

Otro otoño

Un rayo de sol que no se atreve a quemar.
La mañana demorada en los ocres.
El pintor renace unas pocas horas
y luego cree en lo que no existe.
Vuelve al reino de los cocidos,
al barro en las veredas,
al placer del fuego.
A cobijar la melancolía.

Donde muere la distancia

Donde muere la distancia
la quietud enfurece a la roca
y el verbo es un sueño de sal
en el labio herido.
La danza acaricia
el aire de la línea.
El gusano sabe que su muerte será
cuando llegue a la hermosura
y entonces adivina la gota en el mar.

En el interior

En el interior
todo es silencio.
Puedo verlo. Lo toco.
En el interior
la verdad deja espacio al sueño.
Y al llamado acude el poema.

Ramas rotas

Ramas rotas. Lodo.
Piedras y huecos.
El lecho acoge
al niño de la cara tiznada
y el niño busca a su duende,
funde la lágrima,
espera la respuesta ausente.

La frontera de la nada

El hombre recorre el círculo vacío,
la línea que alberga el silencio.
La nada agranda
la aridez de sus fronteras
y él siente el tormento
de la soledad que crece.
Intenta descubrir
nuevamente la palabra
y dar sentido al hueco.
En la línea
el silencio se eterniza.

Un baile con tu sombra

Cuando el campo dibuje
un baile con tu sombra
las huellas estarán
en el olor del romero.
Atardece
y tus pasos hechizan el camino.

A ellas llegan las aves

Construyen.
Levantan ciudadelas
y a ellas llegan las aves.
Se oye el fuego,
la piedra, el pedernal
y ese mar que separa,
que acerca,
que ahoga y resucita.
El arco roba caricias
a las cuerdas.
Las manos rescatan
las notas que ocultan las teclas.
La noche vive del sol
como vive la pena
fundida en la alegría.

Desde lejos

Desde lejos veo un vuelo,
el pez, una nube.
Desde lejos veo el verde,
un imperio, un libro.
Desde lejos veo una luz
y su oscuro.
Desde lejos veo mi vida.

Cristal roto

El cristal roto
refleja su poco valor
cubierto por el barro.
Nadie encontrará
sus trozos hermanos.
Nadie podrá
reconstruir la botella.
El vino seguirá derramado.
Y la sangre.

Pastores marinos

Inventaremos
a los pastores marinos.
Serán seres absurdos
de un líquido surrealismo.
Ayudados por sus fieles tortugas
arrearán hipocampos,
medusas y caracoles
hasta las mejores pasturas,
las de más allá del arrecife.
Tendrán su cabaña
y llevarán su bota de tinta de calamar
para entonarse por las noches.
Y cuando llegue el otoño
y el frío comience
a hacer sentir su garra
emprenderán el lento regreso
a los corrales.
Llegarán cansados,
ansiosos del reencuentro
con su sirena.

El pequeño muro

El pequeño muro de piedra
me lleva al paisaje rojo
de la inmensa llanura,
al olor de las playas,
al farallón y las gaviotas.
Y yo, sentado
en un pequeño muro de piedra
que limita quién sabe con qué.

Entrega

Llegará el momento
en que sólo pueda darte palabras.
Tal vez sea suficiente
y hasta hermoso
pero no será
como siempre ha sido.

Llamarte Guiomar

Podrías haberte llamado Guiomar.
Estaría tu nombre
grabado en la vieja corteza.
Sin embargo
fuiste un amor
dibujado en la tiniebla.
Yo creé tu bondad,
tus miserias y tus pasos
mientras tú
esperabas el poema
que te diera el ser.

Antes de que la roca

Bailaba en un prado
antes de que la roca
se comiera al pez.
Cuando sucedió
todo se agitaba,
todo eran bocas y rugidos.
Hasta que llegaste tú
y no supe
de qué lado del sueño estabas.

La pena de las barcas

La pena de las barcas en tierra,
de los triciclos sin niño,
de las sillas rotas.

Ese rumor
que parece haber estado siempre,
ese sabor a óxido.
Cierro la ventana
y hago huir el paisaje.
Camino hacia el interior.

El pez

El pez escribe
en el oscuro albergue
los nombres de agua.
Desde el rincón de su penumbra
escucha el canto de la roca.
En un reflejo
el hombre agranda el sueño
que lo navega.
La hierba muerta
espera la pasión
de las parvas.
Y todo por la búsqueda
del límite
que nos condena
a estar presos bajo la piel.

Lo separa de su tierra

Lo separa de su tierra
la huella blanca del puñal
recorrida por la fuga.
Queda el abandono.
La ausencia.
La pobreza.
Queda la nostalgia
y la melancolía perpetua.
Todo es pérdida.
En realidad
sólo queda la herida.

Alguna vez envidié

Alguna vez envidié
la soledad de la piedra.
El silencio del musgo.
La oscuridad de la raíz.
Lo tuve todo y ya muerto
miré y la piedra no estaba.

En las hojas

En las hojas
duermen los espejos
mientras el viento revuelve
la oscuridad.
La luz del farol insiste
en traicionar las quimeras.

Los dioses no existían

Los dioses no existían
cuando las estatuas
entraron a los templos.
Seguían sin existir
cuando las echaron de ellos.

Mezclará el amarillo

Mezclará el amarillo
con un acorde disonante.
Se sentará a esperar
que venga el grito
y comience el cambio.
Entonces se agregarán los pasos
de la danza del reptil
en brazos de la diosa hindú.
Nadie será capaz
de repetir el momento.
Habrá llegado el arte
en un carro sin ruedas.

La voz que llama al padre

La voz que llama al padre
lleva el dolor de los hospitales,
de un invierno sin vapor en la cocina,
de ausencias que resuenan
en los huecos de las horas.
Lleva un kadish ancestral
que entona el violonchelo
de una niña.
La triste voz que llama al padre
es un grito
que ahogará el vacío.

La mariposa

Llega el pánico
si la mariposa vuela
despojada de color
y transparencia.
No será capaz de libar
en la flor del limonero
y morirá
sin haber convocado
los pasos de la ninfa.

El tren

Un camión, el poste,
la vía y el árbol.
Un puente sobre el río.
La hipnosis del paisaje
que se mueve.
Detrás se adivina el mar.
Pero el tren
no marca más el ritmo.
Ha muerto su cadencia.
Suena una voz amorfa.
Llegamos.

Su cabeza recostada

Su cabeza recostada
me hace pensar en los juncos,
en las fresas del bosque
y en el silencio
de la primera nevada.
Su mano, como un veloz cinquillo,
atrapa la pasión de los marinos.
Y sus piernas me conducen a la noche.
Un temblor
dibuja la quimera
de un posible amanecer.

El labio en la roca

El labio en la roca
espera la respuesta a su delirio.
Avanza
hacia una calidez que imagina.
Pero todo es un páramo
de cabras muertas.

Los ojos

Desde el puente
los que cambian son sus ojos
que siempre ven el mismo río.
La misma barca.
Los mismos restos.
Desde el puente
espera el paso casual
de un perfume antiguo.
Pero nada se ve igual,
han cambiado mis ojos
y el río sigue
lamiendo las rocas
que los labios no alcanzan a besar.

En vano

Con la inquietud del navegante
busca tras la ola que abandona la marea,
en las artes de un agosto de provincias
o en la mirada suplicante del dragón.
Busca entre las letras que ocultó el derrumbe,
en la huella que deja la pasión del inocente,
en el éxtasis que dibujó la muchacha amada,
en la reunión de voces solitarias,
en la idea del payaso.

Pero la palabra
se cobija en la última carrera del pez,
allí donde se acaba el tiempo
y los pasos abandonan el camino.

Índice

Detener el vuelo.....	5
Decidió esconder la noche.....	6
Pájaros y camino.....	7
El mar gime.....	8
Sin mirar la noche.....	9
La cárcel.....	10
Intento decir.....	11
Algo de la primera vez.....	12
Sólo una palabra.....	13
El último verso.....	14
Piedra, papel, tijera.....	15
El guitarrista ciego.....	16
Sobre la pantalla negra.....	17
La flecha de Atalanta.....	18
Tus manos se apoderan.....	19
Crece la piedra.....	20
La sombra en los ojos.....	21
Otro otoño.....	22
Donde muere la distancia.....	23
En el interior.....	24
Ramas rotas.....	25
La frontera de la nada.....	26
Un baile con tu sombra.....	27
A ellas llegan las aves.....	28
Desde lejos.....	29
Cristal roto.....	30
Pastores marinos.....	31
El pequeño muro.....	32
Entrega.....	33
Llamarte Guiomar.....	34
Antes de que la roca.....	35
La pena de las barcas.....	36
El pez.....	37
Lo separa de su tierra.....	38

Alguna vez envidié.....	39
En las hojas.....	40
Los dioses no existían.....	41
Mezclará el amarillo.....	42
La voz que llama al padre.....	43
La mariposa.....	44
El tren.....	45
Su cabeza recostada.....	46
El labio en la roca.....	47
Los ojos.....	48
En vano.....	49

